

El Perú bélico desde la trilogía de la “redención” de Alonso Cueto

Belén Vila

(Universidad Norbert Wiener, Perú)¹

Resumen: Los procesos de crisis política en América Latina despiertan aún más la sensibilidad del artista. El escritor Alonso Cueto rememora el pasado y registra en sus novelas un telón de fondo histórico en donde convergen los relatos de seres que trabajan en un oficio o se desenvuelven en prestigiosas carreras, pero que en definitiva son sujetos cotidianos que experimentan vivencias personales o familiares como breves no resueltos. Los conflictos se originan a partir de las convulsiones políticas, económicas y socioculturales que se instauran de pronto, en el país. Infelizmente los personajes se ven envueltos en sucesivas circunstancias violentas que les infunden terror y miedo. El propósito de este documento es acercarse al conflicto interno que se desencadena en el Perú desde la denominada trilogía de la “redención”, conformada por *La hora azul*, *La pasajera* y *La viajera del viento*. Los tópicos abordados en las tres historias que se tejen como líneas argumentales son la escritura como desencadenante del recuerdo y el diálogo entre el pasado y el presente que depara la narrativa de reconciliación.

Palabras clave: Perú, Conflicto armado, Violencia, Terrorismo, Cueto.

Abstract: Political crisis processes in Latin America do awaken the artist's sensitivity. Alonso Cueto, the Peruvian writer, recalls the past and, in his novels, registers a historical backdrop where the stories of working class or upper class people converge. They definitively are everyday individuals undergoing personal or family experiences such as unresolved problems. Conflicts are originated from political, economic and sociocultural convulsions which are suddenly settled in the country. Unhappily the book's characters are involved in successive violent circumstances that make them fear and panic. This document's purpose is to approach the internal conflict unleashed in Peru according to Alonso Cueto's trilogy of “redemption” shaped by the blue hour, the female passenger and the female traveller of the wind. Topics addressed in the three stories that are blended as story lines are the writing as a trigger for memory and the dialogue between the past and the present which holds the narrative of reconciliation.

Keywords: Perú, Armed conflict, Violence, Terrorism, Cueto.

Recibido: 5 de abril. *Aceptado:* 4 de junio.

1. Profesora de Literatura egresada de IPA. Profesora de Literatura egresada del IPNM, Perú. Licenciada en Humanidades, opción Letras, por la Universidad de Montevideo. Doctoranda en Humanidades, mención Cultura, por la Universidad de Piura. Cuenta con diplomados en Educación en Derechos Humanos del CLAEH, en Escrituras Iberoamericanas y en Investigación Científica. Es docente en diversas universidades peruanas. Ha participado como ponente en congresos literarios de América Latina y Europa. Asimismo, ha publicado artículos en revistas académicas nacionales como internacionales. *Redadas literarias* (2018) es una selección de sus ensayos. Dirección electrónica: belen666333@hotmail.com

Panorama peruano

El conflicto bélico nacional dado entre 1980 y 2000 enfrenta a la sociedad peruana contra el Partido Comunista del Perú Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru. En 1980 se convoca a elecciones democráticas después de una década de dictadura militar. Cinco años durará la presidencia de Fernando Belaúnde Terry, quien será continuado por Alan García desde 1985 a 1990. A partir de esa fecha el país afronta un período de opresión política en una época presidida (desde el año 1990 al 2000) por el ingeniero Alberto Fujimori que sucede al anterior presidente Alan García.² Después de finalizado el conflicto se da a conocer el documento oficial (no sin cuestionamientos) denominado *Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación* que compila y recompone en diversos volúmenes una sucesión de hechos que se caracterizan por el horror y el crimen. Los testigos que sobrevivieron al terror revelan y documentan a través de cientos de relatos orales la cadena de horrores a la que fueron expuestos.

Los artistas locales también se manifiestan en sus diferentes lenguajes estéticos y recogen el sentir de la sociedad. El relato icónico de *Yuyanapaq* donde fotografías en blanco y negro reproducen pequeños fragmentos padecidos por la sociedad peruana. De los escombros de construcciones que han quedado diseminados después de sucesivas migraciones forzadas, así como personas que sobreviven con secuelas físicas externas (ojos dañados).

El cómic *Rupay*, propone “una narrativa de la violencia [que hiciera visible] aquello que muchos sabían o recordaban, pero que nadie había registrado, filmado o fotografiado. Ante este vacío de documentos visuales quizás lo más importante para nosotros fueron las entrevistas y las fuentes orales” (Villar, 7). Y así nació el “fuego” (en quechua *Rupay* significa también “ardor”), que ilumina al hombre ante la oscuridad, “símbolo de transformación y regeneración” (Cirlot, 209). Muestra en distintas viñetas cómo se inicia el conflicto para luego desarrollar la narrativa entre los grupos armados, no solo estatales sino también de Sendero Luminoso.

La trilogía de Alonso Cueto

La narrativa literaria de Alonso Cueto Caballero (Lima, 1954)³ en especial la trilogía que conforma la denominada “redención”⁴ se inicia con *La hora azul* (2005), continúa con *La pasajera* (2015) y se cierra con *La viajera del viento* (2016).

2. Ex jefe de gobierno en dos oportunidades, quien en el 2018 pidió asilo político en la República Oriental del Uruguay y que le fue negado.

3. Alonso Cueto estudió literatura en la Universidad Católica del Perú y en la Universidad de Texas, en Austin. Sus libros han sido traducidos a doce idiomas. Ha publicado relatos, pero también una vasta producción de novelas cuyo fondo histórico, social y político recrean aquellos años vividos bajo la zozobra y el miedo de quienes regenteaban el país. En una oportunidad el autor me comentó su gran interés por las obras de escritores uruguayos Juan Carlos Onetti y Tomás de Mattos, en especial *La puerta de la misericordia*.

4. Para la Real Academia Española, es “la acción y el efecto de redimir”. En la segunda acepción refiere a “la redención que Jesucristo hizo del género humano por medio de su pasión y muerte”. La trilogía redime a las víctimas.

La hora azul es una novela que ha recibido la distinción del premio Herralde. Cuenta la vida en primera persona de un prestigioso abogado Adrián Ormache que vive en Lima junto a su familia muy holgadamente. La muerte de su madre, la apertura de un baúl, lo remiten al pasado desconocido por él, al de su propia familia. A la separación de sus padres cuando él y su hermano eran aún muy jóvenes. El padre era un jerarca militar que fue destinado a trabajar en Ayacucho y que antes de morir le pidió que buscara a Miriam. La búsqueda suscita un doble propósito, a) encontrar a la joven que fue secuestrada y violada por Ormache padre; b) iniciar un recorrido de dolor y pasión, pero también de descubrimiento personal.

La pasajera encuentra a Arturo con Delia. Arturo era capitán del Ejército peruano que combatió contra Sendero Luminoso en Ayacucho. En la actualidad de la historia se encuentra viviendo en Lima y trabajando como taxista. Por casualidad Delia, quien fue víctima hace un tiempo atrás de ataques violentos suscitados en épocas subversivas sube al taxi, y pide que el conductor la lleve a su domicilio.

La viajera del viento narra la anécdota de una mujer que entra a una tienda limeña para ser atendida y comprar algunos objetos necesarios para la cocina. El vendedor luego de observarla con discreción la reconoce inmediatamente. Aunque se extraña de que ella no lo reconozca. La historia pasada cuenta que él recibió una orden y luego se encargó de ejecutarla “yo la dejé tirada junto a un montón de cuerpos [...] después le disparé” (Cueto, 52). A partir de ese momento y con desconfianza comienzan a dialogar con regular frecuencia, ya que ella compra unos enseres que él llevará a una vivienda donde ella radica.

El propósito de este documento es acercarse al conflicto interno que se desencadena en el país incaico desde la trilogía de la “redención” de Cueto. Las tres historias recuperan motivos que son comunes a otros procesos de crisis en América, por ello se escogen tres líneas argumentales en cada una de las obras planteadas.

En principio, en *La hora azul* se propone el estudio de la escritura como la desencadenante del recuerdo, producto de un ejercicio sistemático o azaroso, pero poderosamente liberador y revelador.

En *La pasajera* se detiene en el análisis de dos temas que cruzan la novela de manera dialéctica: la memoria y el olvido. Clásicos tópicos en los que depara la narrativa de reconciliación en el intento de edificar puentes entre pasado y presente.

Este eje del “olvido” se repite en *La viajera del viento*, aunque con la variante de exigirle al recuerdo nuevamente la presencia del dolor antes experimentado. Pues, “un día pasó algo. Esa misma mujer a la que le disparé en Ayacucho, esa misma mujer que yo creía haber matado, de pronto un día entra con toda normalidad a la tienda donde yo trabajo”

(Cueto, 131). Se inicia así la etapa del recuerdo. Que “ingresa” por la puerta de entrada con la única obsesión de volverse insostenible.

La hora azul: la escritura como la desencadenante del recuerdo

Adrián Ormache revisando el baúl de su madre, sus objetos, las cartas y sus envoltorios exquisitos elaborados con cintas y con especial cuidado descubre algo que lo deja atónito y con muchas interrogantes. De pronto: “noté un sobre separado de los otros. Era un sobre arrugado con una letra lenta y torcida; las palabras parecían una serie de insectos encadenados [...] traté de sostener la letra contra la luz, y empecé a leer” (Cueto, 50). Una carta firmada por Vilma Agurto y dirigida a la señora Beatriz Ormache (su madre) había encontrado su propio hijo Adrián, dentro de un baúl que decía: “Su esposo [...] es un hombre muy malvado [...]. Mi sobrina fue torturada y perjudicada allá en Huanta. Mi sobrina era buena, nunca se metió en terrorismo [...] su esposo [...] la perjudicó [...] violación le hizo [...] Esa maldición va a durar muchos años [...]” (Cueto, 50).

La descripción de la letra brinda los primeros indicios de que quien escribe no tiene un buen dominio de la caligrafía, además es “torcida” y con forma de “insecto”. Nada bueno puede contener y seguramente tampoco es la primera carta que escribe, es probable que esté involucrada en otros asuntos como este y que se aproveche del horror de las víctimas para sacar provecho económico de estas historias mientras transcurre su vida.

En pocas líneas es capaz de despertar la atención inmediata del interesado. Y es que la señora Vilma no es una persona cándida lo confirma Claudia (la esposa de Adrián) cuando recibe su llamada telefónica dirá “tiene una voz bien fea” (Cueto, 58).

Y a pesar del tiempo que transcurre puesto que Vilma no vuelve a llamar ni se comunica por otro medio genera pesadillas en Adrián, maneja y manipula a capricho los espacios, las distancias tanto físicas como emocionales. Con esas actitudes ya ha despertado la curiosidad del protagonista, ha ingresado en la mente de Ormache hijo para no salir, mientras él esperaba con ansias un nuevo rastro de esa señora de avanzada edad.

Finalmente, llegará como una cita, con lugar de encuentro y en forma de misiva. Se encontrarán en el distrito de La Victoria (uno de los más complejos en Lima a nivel de delincuencia). Ambos se encuentran. Vilma, sin regodeos le explica que antes la señora Beatriz la ayudaba económicamente y que, así como ella lo hacía, ahora, lo deberá hacer Adrián porque tiene evidencia, documentos, fotos que indican que Miriam se encontraba con el militar Ormache. Agrega que si no le pasa una mensualidad como le pasaba su madre, de mil dólares mensuales ella revelará la información guardada secretamente durante años y dará a conocer todo lo que tiene. De esta manera el apellido del militar sería publicado en la prensa, en la televisión además se distribuiría en las altas esferas sociales

de sus amistades y formaría parte de un gran escándalo. Todo estaba siniestramente pensado incluso si le llegaba a pasar algo “malo” a ella, si llegaba a morir.

La cadena de la delincuencia seguiría en manos de los descendientes directos que sabrían qué hacer exactamente con las pruebas físicas que tenían en su poder. Y que demostraban el romance forzado, entre un militar de grado de avanzada edad con una joven campesina que con una estrategia propia logra escaparse del campamento tras haber sido secuestrada.

El chantaje fue determinante para Adrián que de sorprendido pasó a sentirse arrinconado. La escena turbia que había protagonizado marcó en su mente el nombre de Miriam y un posible hijo de Ormache “padre” con ella.

La escritura forma parte de una huella letal que registra y se fija sin que ya nada pueda volver. En este caso la escritura es la que genera la presencia del pasado, y se manifiesta reveladora para Adrián, pues el resto de la novela enfocará su vida a buscar a la joven. Por otro lado, es liberadora para Vilma porque consigue lo que busca: dinero. Para Adrián significó el reencuentro con una parte de su vida hasta ahora desconocida que le permitió encontrarse con otra vida, la de su pequeño hermano, fruto de un pasado sinuoso y violento.

La memoria y el olvido en *La pasajera*

La línea argumental escogida es el tema de la memoria, el recuerdo como tortura constante de lo que ha pasado y el deseo insistente del olvido como motivo recurrente. El recuerdo puede irrumpir sorpresivamente pero también siendo provocado. Es factible que la percepción de lo vivido en el “ayer” se incremente y se distinga de lo que objetivamente se conoce pues el dolor de la experiencia resulta imborrable y subjetivo para cada persona que lo padece.

En el caso de Arturo y Delia la memoria deviene inmediatamente después del reconocimiento mutuo. Y como experimentaron situaciones emocionales muy extremas se producen abusos (Ricoeur) de memoria y de olvido.

Antes de ser capturada Delia, y antes de dispararle Arturo, ellos, los personajes principales tenían una vida cotidiana común. Después del episodio experimentado lo que más recuerdan es el momento de la afección. Es decir, la reminiscencia se vuelve selecta y exclusiva. Sucede algo similar con el “olvido”, la insistencia en el acontecimiento es tan angustiante y marcada que deja una huella muy fuerte en la psiquis. Y aunque eran tiempos en que “habían capturado a Abimael Guzmán y el terrorismo⁵ había empezado

5. La Real Academia Española define “terrorismo” a la “sucesión de actos de violencia ejecutados para infundir terror”; otra de sus acepciones se refiere a la “actuación criminal de bandas organizadas, que, reiteradamente y de modo indiscriminado, pretende crear alarma social con fines políticos”.

a desmembrarse. Sin su líder, las fuerzas de Sendero habían perdido toda la fe” (Cueto, 46). El olvido no llega. Resulta comprensible el temor de la población hacia los colectivos armados ya que se desconocía quiénes eran los “buenos” y quiénes los “malos” si “el Ejército practicaba tantos abusos, las huestes de Sendero eran mucho peores [...] la guerra iba a durar un tiempo más” (Cueto, 46).

Sendero Luminoso ha dejado heridas en Arturo Olea (con cuarenta años de edad), en tiempos de paz y después del conflicto bélico nacional él se desempeña como taxista. Antes era capitán del ejército en Ayacucho. Daba y recibía órdenes, a veces arbitrarias, a las que debía buscar una pronta salida o temer por su vida. Durante el periodo crítico le asesinaron la esposa y la hija. La otra protagonista es Delia quien fue víctima de secuestro de un campamento militar. En el presente de la historia se desempeña como peluquera y coincide como pasajera de taxi de Arturo a quien en el pasado le ordenaron matarla. Fue obligado a cumplir esa orden pese a sus frustrados intentos de negativa.

El dominio jerárquico y masculino se presenta en Sendero Luminoso, pero también en las fuerzas del Ejército. Los altos mandos demuestran “superioridad” aún con los jefes subordinados directamente: “El coronel lo miraba con unos ojos incendiados de hogueras. —Mire, capitán, y escúcheme bien. Si no me obedece, entonces lo denuncio por colaborar con los terroristas y lo mando al calabozo” (Cueto, 46). Entonces Arturo obedeció “no se había atrevido a rebelarse contra el coronel” (Cueto, 106) pero una vez a sola con la orden no la cumplió.

Mucho tiempo después, ambos personajes se enfrentan. En un momento de furia e impulsado por un deseo arrebatador de borrar el pasado para no herirse a sí mismo (ella ocupaba sus pensamientos durante la mayor parte del día) ni herir a Delia decide apuntarla con un arma de fuego, pero que dejará a un lado desconcertadamente y no generará mayor peligro. Aunque no sabía qué decirle exactamente consideraba “sí que el perdón, la lástima y la reconciliación estaban muy lejos de ella en ese instante” (Cueto, 107).

Delia había sido víctima de secuestro en un “refugio” oficial del ejército, en donde la tomaron como rehén. Fue obligada y conducida hasta el sitio. La única excusa expuesta por las fuerzas oficiales era que se trataba de una joven que vivía en una vivienda familiar en la que permanecían personas de dudosa reputación, esto es, estaban consideradas como seres que conspiraban en contra del régimen oficial. Más adelante el lector se enterará de que esta afirmación es errónea (no era “terruca”, no era terrorista). Un juicio de valor que encierra y revela los prejuicios de los “más” fuertes, es decir, de las fuerzas opresoras ante las minorías civiles.

Delia sufrió sucesivas violaciones de las que resultó una hija llamada Viviana. “No se había preguntado nunca por el padre [...] Eso no se pregunta y tampoco debe poner-

se a pensar mucho en el asunto” (Cueto, 84). Las violaciones sexuales se volvieron una constante, sobre todo en sitios geográficos del territorio nacional en donde las huestes de Sendero Luminoso estaban al asecho. Por ende, la presencia de los militares se hacía más notoria. En el intento de proteger al ciudadano también cometían abusos con sus formas de actuar. De tal manera que el mensaje que daban a la sociedad civil no era claro, ya que la población les temía casi de la misma manera que a Sendero.

Los grupos armados lograban desarmar el núcleo familiar, golpear la moral del esposo (un solo acto que repercute en toda la familia) y destrozarse emocional y físicamente a la víctima: “violar a una chiquilla que habían encontrado la noche anterior en una casa de Huanta era un estímulo” (Cueto, 45). La motivación de los colectivos violentos consistía en allanar viviendas y capturar a jovencitas para vejarlas “le hicimos creer que, si se dejaba, iba a ver a sus padres” (Cueto, 51). “A mí me encantaría volver [...] para tirarme a las indiecitas” (Cueto, 63).

El azar une nuevamente a los protagonistas de esta historia, ella toma un taxi que conduce Arturo y una vez que sube, él la identifica. Así nace el relato: con el “corto, displicente saludo militar” (Cueto, 13) y con la presentación de los “zapatos chatos [de Delia que] sonaban como breves tambores en la acera” (Cueto, 16).

En este relato la memoria y el olvido se enlazan fatalmente.

La viajera del viento: recordar para olvidar

El ayer llega de la mano de la historia de la mujer que el protagonista dejó en Ayacucho y que él cree que había matado, se entera de repente que no está muerta y que entró a su negocio. Las remembranzas, los remordimientos, la culpa lo asechan después que reconoce que ella está viva. Aunque la población se haya tranquilizado y sientan que los temores han descendido y de que las huestes de Sendero ya no “ocuparan algún día la ciudad de Lima y decapitaran en la plaza de Armas a los jefes de las familias adineradas y miembros de la banca y la política nacional” (Cueto, 15) saben que “algunos remanentes de guerrillas persistían en la selva central, [y en] las zonas del país que habían sido más afectadas” (Cueto, 15). Las más vulnerables eran las mujeres, se las capturaba “luego, abusaban de ellas. A nadie le importaba. Les decían que iban a salvarse [...] Torturadas, violadas, heridas de por vida, paráliticas” (Cueto, 134). Pero en el bando oficial la jerarquía del poder también está delimitada “hay algunas mujeres que son para nosotros [...]. Las mejores son para el capitán” (Cueto, 30).

El narrador no generaliza, ya que “algunos soldados y oficiales peruanos cometieron abusos, pero muchos tuvieron conductas heroicas frente a los terroristas, por las que los peruanos debemos estar siempre agradecidos” (Cueto, 237).

Ángel es uno de los protagonistas, había sido militar en Ayacucho, y ahora en Lima había pedido su renuncia en el cuartel de Chorrillos, pues sabía que no podría convivir con los tormentosos recuerdos que lo acecharían en cualquier momento. La milicia no hacía más que exacerbar lo que él pretendía borrar. Por ello había puesto su tienda en Surquillo sin imaginar siquiera que de pronto entraría una mujer llamada Eliana que él había disparado y visto caer unos años antes (tópico recurrente también en la novela anterior) y que representa la encarnación de la culpa.

La trama se desencadenará en un crimen que cometerá Ángel para defender a Eliana y el inminente arresto que recibirá. Gracias a las palabras de su hermano Daniel y de su familia, Ángel se fortalecerá emocionalmente desde la cárcel. La penitenciaría es otra forma de muerte, así como el olvido de Eliana. De manera irremediable “los muertos muy rápido entran al pasado. El pasado es como el infierno porque de allí nadie sale” (Cueto, 31). La consigna era “seguir” a pesar de todo, ya que “no hay tiempo para pensar en ninguno de ellos [...] el que se muere, hay que rezar una vez por él y después que se quede atrás (Cueto, 31).

En esta novela la línea argumental es el retorno del pasado, depende de cómo se ha actuado con respecto a él, dependerá si se aparece de manera positiva o negativa. No ocurre de la misma manera en el mundo occidental como en el universo andino. En este último, el tiempo es percibido de otra manera, el pasado es futuro, esto es, ñawpa significa pasado y también “delante”. Por tanto, el pasado como se conoce “está delante de nosotros [...] el futuro es lo que está detrás porque es desconocido. Yuyay significa “pensar” y también “recordar” (Cueto, 138).

Muchas víctimas del terrorismo lidian con el perdón para superar el pasado, superándolo, los “*llakis* son pensamientos dolorosos. Recuerdos que se quedan con la gente. Nunca se van. Pero también está lo que llaman el *pampachanakuy*. Es un ritual de perdón, pero no es un perdón en realidad. Es un acuerdo que ignora o pone a un lado los procesos del pasado. Las dos partes llegan a un acuerdo y luego entierran sus diferencias” (Cueto, 134).

Lo significativo de esta temática es entender que, a pesar de todo, de la culpa, del dolor, de la muerte se pueden seguir construyendo sueños, esperanzas e ilusiones.

A modo de colofón

A través del arte se restituye el hálito negado por intermedio de la redención. El telón de fondo lo conforma la época bélica vivida internamente en el país llevada a cabo por peruanos que estaban en contra de otros peruanos.

Las tres historias están encadenadas con la persecución de una mujer, con hombres que buscan conocer la verdad y que se involucran con ellas hasta tal punto de cambiar tajantemente sus vidas: “estoy buscando a una mujer llamada Eliana que estuvo en Ayacucho en la zona de emergencia” (Cueto, 80). Arturo buscará a Delia, y Adrián a Miriam. La zona de Ayacucho es un común denominador, un referente real que conecta las tres historias. Pues es una de las regiones más afectadas del mapa de horror, del hambre y de la humillación.

En los relatos se repite el dolor de los más indefensos, que son los niños, las mujeres, los ancianos, los campesinos, los indios y los quechuahablantes (campesinos que solo hablan esta lengua) y que por ello no son comprendidos. Ya que las autoridades estatales como los senderistas no logran interpretarlos ni escucharlos porque ellos (aunque sean peruanos) no necesariamente hablan o entienden el quechua (lengua aglutinante que no es unificadora debido a que concibe variantes en cada región geográfica del país). Hecho que limita y a la vez aleja a estos seres de vivir en una comunidad homogénea y plena de derechos, más bien todo lo contrario, los excluye y margina.

La línea argumental de la escritura se configura como la marca externa que registra la “huella escrita sobre soporte material; impresión-afección en el alma, impronta o huella [...] cerebral” (Ricoeur, 22) que radica en quien escribe y que se da a conocer con el destinatario. En cambio, la memoria pertenece a una “realidad anterior” (Ricoeur, 22) que no se puede modificar. Ahora bien, es el tiempo el que la desgasta o desdibuja y hace que el sujeto vuelva a contar la historia desde un lugar nuevo, ya no los *llakis* que transcurrieron sino lo que ese presente recuerda como “acuerdo” o pacto consigo mismo y antes de olvidar, si es que todavía se puede. Solo el entierro de las diferencias aplacará el odio para comenzar nuevamente.

Bibliografía citada

Cirlot, Eduardo. *Diccionario de símbolos*. Labor, Barcelona, 1992.

Cossio, Jesús, Luis Rossell, y Alfredo Villar. *Rupay*. Penguin Random House, Lima, 2016.

Cueto, Alonso. *La hora azul*. Planeta Perú, Lima, 2014.

---. *La pasajera*. Seix Barral, Lima, 2015.

---. *La viajera del viento*. Planeta Perú, Lima, 2016.

Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*. 2009. www.rae.es

Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. FCE, Buenos Aires, 2000.

Vila, Belén. “Lenguajes estéticos para el cultivo de la memoria.” *Revista de comunicación y cultura URU*, n° 1, 2018, pp. 17-34.